

LAS ENSEÑANZAS DE DOROTEO DE GAZA

INTRODUCCION

En los números 86 y 87 de CUADERNOS MONASTICOS 1988, se han publicado algunas de las Conferencias de Doroteo de Gaza, las más representativas de la doctrina del autor; no se tenía la intención de publicar todas.

Pero, ante el interés despertado, ofrecéremos en dos nuevos grupos las nueve Conferencias restantes. Para unir las al conjunto el lector no tendrá más que seguir el número romano que encabeza cada Conferencia, y así tendrá el orden con que aparecen en los manuscritos, el cual no es un orden lógico de sucesión de temas, sino más bien de recopilación; por lo tanto no resulta ningún perjuicio si se lo altera.

En este número de CUADERNOS MONASTICOS presentamos cuatro de ellas.

La primera, acerca del temor de Dios, muestra otro de los pilares sobre los que Doroteo fundamenta la vida cristiana y la espiritualidad monástica. Junto con la obediencia y la humildad, el temor de Dios se presenta como una de las disposiciones fundamentales del alma que sostiene todo el edificio espiritual. Doroteo enseña a sus discípulos cuáles son los medios para adquirirlo, cómo llevarlo a su plenitud por medio de la caridad, y cuáles son sus principales enemigos.

La segunda Conferencia referente a las críticas del prójimo, cargada de descripciones pintorescas de la vida cotidiana, sin tener la profundidad teológica de la anterior, es tal vez más representativa del perfil espiritual de Doroteo. Dado que la crítica se opone directamente a la caridad (la cual lleva a considerar al prójimo como miembro nuestro), su existencia ataca una de las realidades más apreciadas por el autor, a saber: la vida comunitaria y cenobítica.

Ver Fernando RIVAS, o.s.b., *Las enseñanzas de Doroteo de Gaza. Introducción y Conferencias I, II y V*, en Cuadernos Monásticos 86. 1988, pp. 331-370 y en el n. 87 *Conferencias III, VII, XI, XIII y XIV* pp. 459-486.

La tercera Conferencia trata del rencor, o recuerdo de las injurias sufridas. En ella se revela el carácter netamente oriental del pensamiento de Doroteo. Llena de sutiles observaciones psicológicas, de distinciones prácticas muy concretas, el rencor y la ira son desenmascarados en todas sus manifestaciones posibles, y como uno de los principales destructores de la paz del alma.

La última Conferencia que presentamos aquí aborda el tema de la mentira. Nuevamente nos encontramos con un conjunto de observaciones muy realistas, más que de elaboraciones abstractas. Para Doroteo la mentira no lo es sólo de palabra, sino que se puede mentir también con la vida. Y tampoco se limita a engañar al prójimo, sino, lo que es más destructivo, a nosotros mismos. Finalmente, cuando la mentira aparece bajo la forma de sospecha, es uno de los peligros que atentan contra la vida común.

Estas son las cuatro Conferencias que ahora presentamos. Las cinco que restan para completar las diecisiete que han llegado hasta nuestros días, serán publicadas en el próximo número de la revista:

*San Benito de Luján
C.C. 207 - 6700 Luján (B)
Argentina*

Fernando RIVAS, osb

* * *

DIVERSAS ENSEÑANZAS DE NUESTRO SANTO PADRE DOROTEO A SUS DISCIPULOS

Cuando dejó el monasterio de abba Séridos y fundó, con la ayuda de Dios, su propio monasterio, después de la muerte de abba Juan el Profeta, y de la reclusión definitiva de abba Barsanufio.

TERCERA PARTE

IV CONFERENCIA: EL TEMOR DE DIOS

47. San Juan dice en las epístolas católicas: *El amor perfecto expulsa el temor (1Jn 4, 18)*. ¿Qué nos quiere decir con esto? ¿De qué amor nos habla y de qué temor? Pues el Profeta dice en el salmo: *Todos sus santos, temed al Señor (Sal 33, 10)*. Y en las santas Escrituras encontramos mil otros pasajes semejantes. Por lo tanto si los santos que aman de tal manera al Señor le temen, ¿cómo puede decir san Juan: *El amor expulsa el temor*? Quiere mostrarnos que hay dos temores, uno inicial y el otro perfecto; el primero es el de los que se inician en la piedad, y el otro es el de los santos que han llegado a la perfección y a la cumbre del santo amor. Por ejemplo, el que hace la voluntad de Dios por temor a sus castigos: todavía es principiante tal como dijimos, ya que no hace el bien por sí mismo sino por el temor a los castigos. Otro hace la voluntad de Dios porque ama a Dios mismo, y ama especialmente serle grato: éste sabe lo que es el bien, conoce lo que es estar con Dios. Este es el que posee el amor verdadero, *el amor perfecto*, como dice san Juan, y ese amor lo lleva al temor perfecto. Teme y guarda la voluntad de Dios no por evitar los azotes o el castigo, sino porque, habiendo gustado la dulzura de estar con Dios, como hemos dicho, aborrece el perderla, teme quedar privado de ella. Este temor perfecto, nacido del amor, expulsa el temor inicial. Y es por eso que san Juan dice que *el amor perfecto*

expulsa el temor. Pero es imposible llegar al temor perfecto sin pasar por el temor inicial.

48. Hay en efecto, como dice san Basilio¹, tres estados en los que podemos agradar a Dios. O bien hacemos lo que agrada a Dios por temor al castigo y entonces estamos en la condición de esclavos; o bien buscando la ventaja de un salario cumplimos las órdenes recibidas en vista de nuestro propio provecho, asemejándonos así a los mercenarios; o finalmente, hacemos el bien por el bien mismo y estamos así en la condición de hijos. Porque el hijo, al llegar a una edad razonable, hace la voluntad de su padre no por temor al castigo, ni para obtener una recompensa, sino porque amando a su padre, guarda hacia él el afecto y el honor debido a un padre, con la convicción de que todos los bienes de su padre le pertenecen. Este merece oír que se le diga: *Ya no eres más esclavo sino hijo y heredero de Dios por Cristo (Ga 4, 7)*. Es evidente que no teme más a Dios con ese temor inicial del cual hablamos, sino que ama como decía san Antonio: "Ya no temo más a Dios, sino que lo amo"². Del mismo modo el Señor, al decir a Abraham, después que este le ofreció a su hijo: *Ahora sé que temes a Dios (Gn 22, 12)*, quería referirse a ese temor perfecto nacido del amor. Si no ¿cómo pudo decirle: *Ahora sé...*? Disculpeme, pero Abraham ¡había hecho tantas cosas!; había obedecido a Dios, había abandonado todos sus bienes, se había establecido en una tierra extranjera, en un pueblo idólatra, donde no había ninguna señal de culto divino. Pero, sobre todo, había soportado esa terrible prueba del sacrificio de su hijo. Y después de todo eso el Señor le dice: *Ahora sé que temes a Dios*. Es muy claro que allí habla del temor perfecto, el de los santos. Porque ellos hacen la voluntad de Dios no ya por temor a un castigo o para obtener una recompensa, sino por amor, como lo hemos dicho muchas veces, temiendo hacer cualquier cosa contra la voluntad de aquel a quien aman. Por lo cual san Juan dice: *El amor expulsa el temor*. Los santos no obran más por temor, sino que temen por amor.

49. Este es el temor perfecto, pero, lo repito, es imposible llegar a él sin haber tenido antes el temor inicial. Porque está dicho: *El principio de la sabiduría es el temor del Señor (Sal 110, 10)*; y también: *El principio y el fin es el temor del Señor (Cf. Pr 1, 7; 9, 10; 22, 4)*. La Escritura llama comienzo al temor inicial, al cual sigue el temor per-

1. SAN BASILIO, *Proem. in Reg. fus. tract.* PG 31, 896B. Cf. CASIANO *Coll.* XI, 6-7.

2. *Apoteq.* ANTONIO 32, PG 65, 85C.

fecto, el de los santos. Ese temor inicial es el nuestro. Como un esmalte sobre el metal, guarda al alma de todo mal, según está escrito: *Todo hombre se aleja del mal por el temor del Señor (Pr 15, 27)*. Aquel que se aparta del mal por temor al castigo, como un esclavo asustado de su señor, comienza progresivamente a hacer el bien, y poco a poco pasa a esperar una recompensa por sus buenas obras, como el mercenario. Y si continúa huyendo del mal por temor, como el esclavo, y después haciendo el bien con la esperanza de una ganancia como el mercenario, perseverando así en la virtud, con el auxilio de Dios y uniéndose cada vez más a él, terminará por gustar del verdadero bien, y al tener una cierta experiencia de él, no querrá ya separarse nunca más. ¿Quién podrá entonces, como dice el Apóstol, separarlo del amor de Cristo (Cf. Rm 8, 35)? Entonces alcanzará la perfección del hijo, amará el bien por el bien mismo, y temerá porque ama. Y tal es el temor grande y perfecto.

50. Para enseñarnos la diferencia entre esos dos temores, el Profeta decía: *Venid, hijos, escuchadme, os instruiré en el temor del Señor (Sal 33, 12)*. Apliquemos nuestro espíritu a cada palabra del Profeta y veamos cómo cada una tiene su significación: En primer lugar dice: *Venid a mí*, para invitarnos a la virtud. Después agrega: *hijos*; los santos llaman hijos a aquellos a los que su palabra ha hecho pasar del vicio a la virtud, como dice el Apóstol: *Hijitos míos, por quienes sufro nuevamente los dolores del parto hasta que Cristo sea formado en vosotros (Ga 4, 19)*. Enseguida, y después de habernos llamado e invitado a esa transformación, el Profeta nos dice: *Os enseñaré el temor del Señor*. Fíjense en la seguridad del santo. Nosotros cuando queremos dar alguna buena enseñanza siempre empezamos por decir: “¿Quiéren que conversemos un rato y que hablemos sobre el temor del Señor o sobre otra virtud?”. El santo en cambio no habla así, sino que dice con toda seguridad: *Venid, hijos, escuchadme, os instruiré en el temor del Señor. ¿Quién es el hombre que ama la vida y desea tener días felices? (Sal 33, 13)*. Y como si alguien respondiese: “Yo quiero; enséñame cómo vivir y conocer días felices”, le responde diciendo: *Guarda tu lengua del mal y tus labios del engaño (Sal 33, 14)*. Fíjense, hermanos, cómo siempre el temor de Dios impide obrar el mal. *Guardar su lengua del mal* es no lastimar de ninguna manera la conciencia del prójimo, ni hablar mal de él, ni irritarlo. *Guardar sus labios del engaño* es no engañar al prójimo.

El Profeta sigue: *Apártate del mal (Sal 33, 15)*. Después de haber hablado de faltas particulares: la mentira, el engaño, llega ahora al vicio en general *Apártate del mal*, es decir huýe absolutamente de todo mal, apártate de todo lo que implica pecado. Pero no se detiene allí, y agrega: *Y haz el bien*. Sucede en efecto que no hacemos el mal, sin que por eso hagamos el bien. Se puede no ser injusto pero sin practicar la misericordia, o bien no odiar sin por eso amar. De este modo el Profeta ha tenido razón en decir: *Apártate del mal y obra el bien*.

Fíjense, hermanos, cómo el Profeta nos muestra la sucesión de los tres estados de los que hemos hablado: por el temor de Dios se lleva al alma a apartarse del mal, incitándola así a elevarse hasta alcanzar el bien. Porque en la medida en que se llega a no cometer el mal y a alejarse de él, se comienza naturalmente a obrar el bien bajo la guía de los santos. A estas palabras el Profeta agrega expresamente: *Busca la paz y síguela (Sal 33, 15)*. No dice solamente *búscala*, sino *síguela*, corre la, para alcanzarla.

51. Prestemos atención a estas palabras y veamos la precisión del santo. Cuando alguien llega a apartarse del mal y se esfuerza, con la ayuda de Dios, en hacer el bien, inmediatamente caen sobre él los ataques del enemigo. Lucha, se aflige, está agobiado: no sólo teme el volver al mal, como dijimos del esclavo, sino que también espera la retribución del bien, como un mercenario. En los ataques y contrataques de este combate con el enemigo, muchas veces con sufrimiento y atormentado, obra el bien. Pero cuando le llega el socorro de Dios y comienza a habituarse al bien, entonces empieza a entrever el reposo y gusta progresivamente de la paz. Es entonces cuando se da cuenta de lo que es la aflicción de la guerra, de lo que es la alegría y la felicidad de la paz. Finalmente busca esa paz, se apresura, corre tras ella para atraparla, para poseerla en plenitud y hacerla morar en él. ¿Qué cosa hay más dichosa que un alma que ha llegado a este estado? Es entonces cuando llega a la condición de hijo, como lo dijimos tantas veces. Pues, *felices los hacedores de paz, porque serán llamados hijos de Dios (Mt 5, 9)*. ¿Quién podrá decir entonces que esa alma hace el bien todavía por algún otro motivo que no sea el gozo del bien mismo? ¿Quién conocerá esa alegría sino aquel que tuvo la experiencia? Entonces, ese tal descubre también el temor perfecto del que hemos hablado continuamente.

Ya hemos sido instruidos acerca del temor perfecto de los santos, así como del temor inicial, el nuestro; sabemos lo que el temor de Dios expulsa y a lo que nos lleva. Debemos ahora ver cómo viene el temor de Dios, y lo que nos aleja de él.

52. Los Padres han dicho que el hombre adquiere el temor de Dios por el recuerdo de la muerte y de los castigos; al examinar cada tarde cómo pasó el día y cada mañana cómo ha pasado la noche; guardándose de la ligereza de espíritu³ y uniéndose a un hombre temeroso de Dios. En efecto, se cuenta que un hermano preguntó a un anciano: "Padre, ¿qué debo hacer para temer a Dios?", a lo que el anciano respondió: "Vé, únete a un hombre temeroso de Dios, y por lo mismo que le teme, te enseñará a ti el temor de Dios"⁴. Por el contrario, alejamos de nosotros el temor de Dios si hacemos lo opuesto a todo eso: si no pensamos en la muerte ni en los castigos, si no nos vigilamos a nosotros mismos, si no examinamos nuestra conducta, viviendo de cualquier manera y juntándonos con cualquier persona. Pero sobre todo, cuando nos entregamos a la ligereza de espíritu, que es lo peor de todo y la ruina segura.

¿Qué otra cosa aleja tanto de nosotros el temor de Dios como la ligereza de espíritu? Es lo que llevó a decir a abba Agatón, cuando fue interrogado acerca de ella, que se asemeja a un gran viento que al elevarse hace huir a todos y arranca los frutos de los árboles⁵. ¡Fíjense qué poderosa es esta pasión! ¡Fíjense en su furor! Cuando abba Agatón fue nuevamente interrogado sobre si la ligereza de espíritu era tan dañina, respondió: "No hay pasión tan perjudicial como la ligereza de espíritu. Ella es la madre de todas las pasiones". Con mucha certeza e inteligencia el anciano dice que es la madre de todas las pasiones, debido a que aleja del alma el temor de Dios. Si nos alejamos del mal, es por el temor de Dios, entonces allí donde no está se en-

3. Nos encontramos ante el vocablo griego "parrhesía" que posee una amplia gama de significados. Etimológicamente significa el derecho o hábito de decir todo. De allí toma dos acepciones distintas. Una buena, que equivale a la confianza ante Dios; otra negativa, que es la que utiliza aquí Doroteo, que es una degeneración de esa misma confianza. Esta última reviste muchos matices: desde la excesiva libertad de palabra hasta la familiaridad malsana entre los hombres. Para Doroteo es una disposición del alma que llega a ser hábito y que se opone decididamente al temor de Dios. Sería una suerte de desvergüenza o despreocupación del alma ante Dios y sus mandamientos. La mayoría de las veces la traduciremos por "ligereza de espíritu", sabiendo que esta expresión no agota todos sus significados.

4. *Apoteq.* POIMEN 65, PG 65, 337B.

5. *Apoteq.* AGATON 1, PG 65, 109A.

cuentran todas las pasiones. ¡Que Dios nos libre de esta fatal pasión de la ligereza de espíritu!

53. La ligereza de espíritu es multiforme. Se manifiesta en el hablar, en los contactos y en las miradas. Es ella la que lleva a pronunciar discursos grandilocuentes, a hablar de cosas mundanas, a hacer bromas o provocar risas disolutas. Es por ligereza por lo que se toca a alguien sin necesidad, por puro placer, se lo acaricia o se toma alguna cosa de él o se lo mira detenidamente. Todo esto es obra de la ligereza, porque no hay temor de Dios en el alma, y por ella se llega poco a poco a un total descuido. Por eso al dar los mandamientos de la ley Dios dijo: *Que los hijos de Israel sean respetuosos (Lv 15, 31)*. Sin respeto no se puede honrar a Dios ni obedecer ni una sola vez algún mandamiento. No hay nada más abominable que la ligereza, porque es la madre de todas las pasiones, aleja el respeto, expulsa el temor de Dios y da a luz el desprecio.

Es por ella, hermanos, por lo que unos son descarados con otros, o por lo que hablan mal uno de otro, y se hacen daño mutuamente. Uno de ustedes ve una cosa poco edificante y va enseguida a murmurar y volcar todo eso en el corazón de otro hermano. De esta manera, no sólo se hace daño a sí mismo, sino que también perjudica a su hermano, poniendo en su corazón un veneno mortal. Cuando el hermano estaba aplicándose a la oración o a cualquier otra obra buena, llega el otro y le da materia de murmuración. Con ello perjudica su crecimiento y lo pone frente a la tentación. Y no hay nada tan malo y funesto como hacer daño al prójimo y al mismo tiempo a uno mismo.

54. Respetémonos, hermanos, evitemos el hacernos daño a nosotros mismos y a los demás. Honrémonos mutuamente, y preocupémonos por no hacernos daño unos a otros, porque según un anciano esa es otra de las formas de la ligereza de espíritu⁶.

Si sucede que alguien ve a su hermano cometer una falta, que se cuide de despreciarlo o dejarlo morir con su silencio, o de descorazonarlo con reproches, así como de hablar mal de él. Al contrario, con compasión y temor de Dios que le cuente lo sucedido a quien tiene autoridad para corregir, o bien háblele él mismo al hermano y dígale con caridad y humildad: "Discúlpame porque soy también un negli-

6. Cf. el final de la *Carta* de JUAN EL PROFETA (el otro Anciano que acompañaba a Barsanufio en su reclusión), a Doroteo, Níc. 340.

gente, pero me parece que en eso no hemos obrado bien". Si no es escuchado, que hable a otro hermano que tenga confianza con aquel, o si no que se dirija al superior o al abad, según la gravedad de la falta, y no se preocupe más. Pero cuide siempre de que al hablar tenga como meta la corrección del hermano, evitando las murmuraciones, el despreciarlo o denigrarlo. No busque darle una lección o mandonearlo, o fingir que obra por su bien, cuando interiormente esté animado por alguna de las disposiciones de alma de las que acabo de hablar. Porque si habla a su abad, y no lo hace para enmienda de su hermano o porque está escandalizado, entonces está cometiendo una falta, porque eso es difamar. Examine su corazón y si ve que hay alguna pasión que lo está molestando, mejor calle. Pero si ve con claridad que quiere hablar por compasión o para utilidad de su prójimo, y sin embargo algún pensamiento apasionado le turba interiormente, ábrase humildemente con su abad, contándole su problema y el de su hermano en los siguientes términos: "Veo en mi conciencia que es por el bien del hermano que quiero hablar, pero también veo que a ello se mezcla en mi interior un pensamiento de turbación. Si es porque alguna vez tuve algo contra ese hermano, yo no lo sé. Pero tampoco sé si un engaño interior me quiere impedir que hable y que logre así su corrección". Entonces el abad le dirá si debe hablar o no.

Puede suceder también que hablemos no para utilidad del hermano, ni porque nos hayamos escandalizado, ni porque estemos empujados por el rencor, sino por pura palabrería. ¿Qué utilidad tienen esas palabras? Muchas veces ocurre que el hermano se entera de que hemos hablado de él y queda disgustado. De todo ello no sale sino aflicción y empeoramiento de las cosas. Por el contrario, cuando hablamos para su provecho y sólo por eso, Dios no permitirá que de ello salga algún perjuicio, ni que ello provoque aflicción o daño.

55. Tengan mucho cuidado, hermanos, en guardar la lengua. Ninguno hable con maldad a su hermano ni lo lastime con sus palabras, con sus actos o gestos o de cualquier otra manera. Tampoco seamos susceptibles. Si uno oye alguna palabra de su hermano no se sienta herido ni le responda mal para no quedar enemistado con él. Eso no corresponde a gente que lucha, ni conviene a quienes quieren ser salvados.

Tengan temor de Dios, pero unido al respeto. Cuando se encuentren inclinen la cabeza delante del hermano, y como hemos dicho, que cada uno se humille delante de Dios y de su hermano ne-

gando su propia voluntad. Es muy bueno hacer esto: humillarse delante del hermano y anticiparse a honrarlo. El que se humilla saca más provecho que el otro. Por mi parte no sé si he hecho algún bien, pero si he sido protegido ha sido porque nunca me preferí a mi hermano, y siempre lo antepuse a mí.

56. Cuando estaba con el abad Séridos, el hermano encargado de cuidar al anciano abba Juan, el compañero de Barsanufio, se enfermó y entonces el abad me envió en su reemplazo. Abracé la puerta de su celda como quien adora la venerada cruz; y con mucho más amor todavía tomé el encargo de servirlo. ¡Cuántos deseaban estar cerca de este santo! Sus palabras eran admirables. Cada día, al terminar mi servicio, hacía una reverencia para solicitarle permiso y me retiraba. Siempre me decía alguna cosa. Tenía cuatro dichos y cada tarde, cuando estaba por retirarme, me decía uno de ellos. Decía así: "Que Dios guarde por siempre la caridad" (esta frase la decía siempre antes de cada sentencia); "los Padres han dicho: Respetar la conciencia del hermano engendra humildad". Otras veces me decía: "Que Dios guarde por siempre la caridad; los Padres han dicho: nunca he preferido mi voluntad a la de mi hermano". Otras veces: "Que Dios guarde por siempre la caridad; huye de todo lo que es del hombre y serás salvo". Y finalmente: "Que Dios guarde por siempre la caridad. *Llebad las cargas unos de otros y así cumpliréis la ley de Cristo (Ga 6, 2)*".

Cada día el Anciano me daba una de esas cuatro sentencias como quien da un viático, al retirarme por la tarde. Y yo las consideraba igualmente, como si fueran para la salvación de toda mi vida. Pero, a pesar de la confianza que tenía con el Anciano, y el gusto que me daba el servirlo, al presentir que un hermano estaba triste porque quería él servir al Anciano, fui al abad y le dije: "Este servicio le convendría más a este hermano, si a usted no le molesta". Pero ni él ni el Anciano consintieron en ello. Hice todo lo que pude para que ese hermano fuese preferido a mí. Durante los nueve años que estuve a su servicio, nunca dije ninguna palabra desagradable a nadie. Sin embargo tuve que soportar una carga, y lo digo para que no se piense lo contrario.

57. Sucedió que un hermano me persiguió insultándome desde la enfermería hasta la capilla. Yo, que iba delante de él, no dije una sola palabra. Cuando el abad se enteró (no sé por medio de quién) quiso castigarlo. Entonces yo me postré a sus pies suplicándole: "No, por el Señor. Fue mi culpa. ¿En qué fue culpable ese hermano?"

Otro hermano, ya sea para probarme o por necesidad, Dios lo sabe, durante cierto tiempo orinaba todas las noches cerca de mi cabecera, y entonces mi cama quedaba mojada. Otros hermanos venían todos los días a sacudir su colcha delante de la puerta de mi celda. Yo veía cómo las chinches se metían en el cuarto sin poder matarlas por la cantidad que había a causa del calor. Al irme a acostar se me venían todas encima. Me dormía a causa de mi cansancio extremo, pero por la mañana encontraba mi cuerpo todo picado. Sin embargo nunca dije a esos hermanos: "¡No hagan eso!, o ¿Por qué hacen eso?". Mi conciencia me atestigua que nunca dije una palabra que pudiera herir o afligir a alguien.

Aprendan también ustedes a *llevar los fardos los unos de los otros* (Ga 6, 2). Aprendan a respetarse mutuamente. Y si uno llega a oír una palabra desagradable de un hermano, o si le toca cargar con algo contra su gusto, no se descorazone ni se irrite enseguida. No reaccionen en el combate o frente a una ocasión provechosa con un corazón relajado, descuidado, sin fuerzas e incapaces de soportar el menor golpe, como si fuesen un melón al que la más pequeña piedra puede dañar y pudrir. Tengan un corazón firme, tengan paciencia y hagan que su mutua caridad supere todas las contrariedades.

58. Si alguno tiene un cargo o tiene que solicitar alguna cosa, ya sea al jardinero, al mayordomo, al cocinero o a cualquier otro hermano encargado de un servicio, esfuércese, tanto el que pide como el que responde, por guardar siempre la calma, para no turbar su espíritu ni ceder a la antipatía, al malhumor, ni a la voluntad propia o a la autojustificación, porque los alejarían del mandamiento de Dios. Cualquier cosa que sea, grande o pequeña, es preferible despreciarla o dejarla de lado. La indiferencia ante las cosas es verdaderamente algo malo, pero peor es perder la tranquilidad al punto de perturbar nuestra alma para poder realizarlas. Por lo tanto, cuando tengan que hacer cualquier cosa, aunque sea muy seria y urgente, no quiero que la hagan con prisa o turbación. Quiero que estén convencidos de que cualquier obra que tengan que realizar, sea grande o pequeña, no es más que la octava parte de lo que buscamos, mientras que guardar la paz del alma, aunque haya que dejar algún servicio, es la mitad o los cuatro octavos de la meta que buscamos. ¡Fíjense qué diferencia!

59. De esta manera, cuando hagan algo y quieran hacerlo bien y acabarlo, pongan su empeño en realizarlo, lo que, como he dicho, equivale a la octava parte de su objetivo, y guarden intacta la calma, que equivale a la mitad o a los cuatro octavos. Si se debe cometer una transgresión o apartarse del mandamiento, hacerse daño a sí mismo o a otro para poder cumplir con lo que se debe hacer, no se justifica perder la mitad por salvar un octavo. El que obra de esa manera no realiza su servicio con sabiduría. Ya sea por vanagloria o por deseo de agradar, se preocupa en discutir o atormentarse a sí mismo y a los otros, para lograr finalmente que se le diga que nadie ha hecho la cosa tan bien como él. ¡Fíjense, hermanos, qué gran virtud! No, hermanos, esto no es una victoria sino una derrota, y desastrosa. Por mi parte yo les digo: si uno de ustedes es enviado por mí a hacer alguna cosa, y ve que comienza a turbarse o sufre cualquier otro perjuicio, que lo deje inmediatamente. No se hagan mal a ustedes mismos o a cualquier otro. Es preferible que la cosa no se haga y se la deje, a fin de no turbarse ni perturbar a los otros. De otra manera perderán la mitad para ganar el octavo, lo cual es claramente desatinado.

60. Si les digo esto no es para descorazonarlos y que renuncien a los trabajos, o para descuidar o abandonar inmediatamente las cosas con el objeto de verse libre de toda preocupación. Tampoco lo digo para que desobedezcan, diciéndose a sí mismos: "No puedo hacer eso porque me hará mal. No me conviene hacerlo". Con estos pensamientos nunca podrán tomar ningún trabajo ni cumplir un servicio a Dios. Aplíquense más bien con todas sus fuerzas a cumplir su servicio con caridad, sometiéndose mutuamente, honrándose y estimulándose fraternalmente unos a otros. No hay nada tan poderoso como la humildad. Por lo tanto si uno de ustedes ve a su hermano apenado o él mismo lo está, corte rápidamente y conceda la prioridad al otro sin esperar a que se produzca algún daño. Pues como ya lo he dicho mil veces, es más provechoso que una cosa no se haga según nuestra voluntad sino que si es necesario, se haga, pero no por nuestra obstinación o pretendidas razones; y aunque parezca conveniente, nunca hay que disputar y contradecirse mutuamente, perdiendo así la mitad. El daño que se sigue es muy distinto. Puede suceder que también perdamos la octava parte por no hacer nada. Así les sucede a los que obran con un celo malo. Es indiscutible que todas las obras que realizamos las hacemos con vistas a obtener un objetivo, un provecho. Y ¿qué podemos sacar si no nos humillamos los unos ante los otros? Obran-

do de otro modo sólo encontraremos perturbación y nos molestaremos mutuamente. Ya saben, hermanos, lo que dice el libro de los Ancianos: "Del prójimo vienen la muerte y la vida"⁷.

Hermanos, mediten sin cesar en sus corazones estos consejos. Estudien las palabras de los santos Ancianos. Esfuércense en el amor y el temor de Dios, por buscar su aprovechamiento y el del prójimo. De ese modo podrán progresar en toda circunstancia, con el auxilio de Dios. Que nuestro Dios nos gratifique en su bondad por el temor que le tenemos, pues está dicho: *Teme al Señor y guarda sus mandamientos: ese es el deber de todos los hombres (Ecle 12, 13)*.

VÍ CONFERENCIA: NO DEBEMOS JUZGAR AL PROJIMO

69. Hermanos, si recordamos bien los dichos de los santos Ancianos y los meditamos sin cesar, nos será difícil pecar, nos será difícil descuidarnos. Si como ellos nos dicen, no menospreciamos lo pequeño, aquello que juzgamos insignificante, no caeremos en faltas graves. Se lo repetiré siempre, por las cosas pequeñas, el preguntarse por ejemplo: ¿Qué es esto? ¿Qué es aquello?, nacerá en el alma un hábito nocivo y nos pondremos a subestimar incluso las cosas importantes. ¿Se dan cuenta de qué pecado tan grande cometemos cuando juzgamos al prójimo? En efecto, ¿qué puede haber más grave? ¿Existe algo que Dios deteste más y ante lo cual se aparte con más horror? Los Padres han dicho: "No existe nada peor que el juzgar"¹. Y sin embargo, es por aquellas cosas que llamamos de poca importancia por lo que llegamos a un mal tan grande. Si aceptamos cualquier leve sospecha sobre nuestro prójimo, comenzamos a pensar: "¿Qué importancia tiene el escuchar lo que dice tal hermano? ¿Y si yo lo dijera también? ¿Qué importa si observo lo que este hermano o este extraño va a hacer?". Y el espíritu comienza a olvidarse de sus propios pecados y a ocuparse del prójimo.

De ahí vienen los juicios, maledicciones y desprecios y finalmente caemos nosotros mismos en las faltas que condenamos. Cuando descuidamos nuestras propias miserias, cuando no lloramos nuestro

7. *Apoteg.* ANTONIO 9, PG 65, 77B.

1. *Apoteg.* NAU 97.

propio muerto², según la expresión de los Padres, no podemos corregirnos en absoluto sino más bien nos ocupamos constantemente del prójimo.

Ahora bien, nada irrita más a Dios, nada despoja más al hombre y lo conduce al abandono, que el hecho de criticar al prójimo, de juzgarlo o maldecirlo.

70. Porque criticar, juzgar y despreciar son cosas diferentes. Criticar es decir de alguien: tal ha mentido o se ha encolerizado, o ha fornicado u otra cosa semejante. Se lo ha criticado, es decir, se ha hablado en contra suyo, se ha revelado su pecado, bajo el dominio de la pasión.

Juzgar es decir: tal es mentiroso, colérico o fornicador. Aquí juzgamos la disposición misma de su alma y nos pronunciamos sobre su vida entera al decir que es así y lo juzgamos como tal. Y es cosa grave. Porque una cosa es decir: se ha encolerizado, y otra: es colérico, pronunciándose así sobre su vida entera. Juzgar sobrepasa en gravedad todo pecado, a tal punto que Cristo mismo ha dicho: *Hipócrita, sácate primero la viga de tu ojo, y entonces podrás ver claro para sacar la paja del ojo de tu hermano (Lc 6, 42).*

Ha comparado la falta del prójimo a una paja, y el juzgar, a una viga; así de grave es juzgar, más grave quizá que cualquier otro pecado que podamos cometer. El fariseo que otaba y agradecía a Dios por sus buenas acciones no mentía, decía la verdad; no es por eso por lo que fue condenado. En efecto, debemos agradecer a Dios por cualquier bien que podamos realizar, puesto que lo hacemos con su asistencia y su ayuda. Luego, no fue condenado por haber dicho: *No soy como los otros hombres (Lc 18, 11)*. No, fue condenado cuando, vuelto hacia el publicano, agregó: *ni como éste publicano*. Entonces fue gravemente culpable, porque juzgaba a la persona misma de ese publicano, la disposición misma de su alma; en una palabra su vida entera. Y así el publicano se alejó justificado, mientras que él no.

71. No existe nada más grave, más enojoso, lo vuelvo a repetir, que juzgar o despreciar al prójimo. ¿Por qué más bien no nos juzgamos a nosotros mismos, ya que conocemos nuestros defectos, de los cuales deberemos rendir cuenta a Dios? ¿Por qué usurpar el juicio de Dios? ¿Cómo nos permitimos exigir a su creatura? ¿No deberíamos temblar oyendo lo que le sucedió a aquel gran Anciano, que al enterarse

2. *Apotege. MOISES 18, PG 65, 289B; Apotege. POIMEN 6, PG 65, 320D.*

de que un hermano había caído en fornicación dijo de él: "¡Oh! ¡Qué mal ha cometido!"? ¿No conocen la temible historia que refiere al respecto el libro de los Ancianos³? Un santo ángel llevó ante él el alma del culpable y le dijo: "Aquel que juzgaste ha muerto. ¿Dónde quieres que lo conduzca: al reino o al suplicio?". ¿Qué hay más terrible que esta responsabilidad? Porque las palabras del ángel al Anciano no quieren decir otra cosa que: "Puesto que eres tú el juez de justos y pecadores, dame tus órdenes con respecto a esta pobre alma. ¿La perdonas? ¿Quieres castigarla?". Así, este santo anciano, trastornado, pasó el resto de sus días entre gemidos, lágrimas y mil penas, suplicando a Dios le perdonara ese pecado. Y esto después de haberse prosternado a los pies del ángel y de haber recibido su perdón. Porque la palabra del ángel: "Así Dios te ha mostrado cuán grave es el juzgar, no lo hagas más", significaba su perdón. Sin embargo el alma del Anciano no quiso ser consolada de su pena hasta su muerte.

72. ¿Por qué, entonces, queremos nosotros exigir algo del prójimo? ¿Por qué querer cargarnos con el fardo de otro? Nosotros, hermanos, ya tenemos de qué preocuparnos. Que cada uno piense en sí mismo y en sus propias miserias. Sólo a Dios corresponde justificar o condenar, a él que conoce el estado de cada uno, sus fuerzas, su comportamiento, sus dotes, su temperamento, sus particularidades, y juzgará de acuerdo a cada uno de estos elementos que sólo él conoce. Dios juzga en forma diferente a un obispo, a un príncipe, a un anciano y a un joven, a un superior y a un discípulo, a un enfermo y a un hombre de buena salud. Y ¿quién podrá emitir esos juicios sino aquel que todo lo ha hecho, todo lo ha formado, y todo lo sabe?

73. Recuerdo haber oído relatar el hecho siguiente: un navío cargado de esclavos echó el ancla en una ciudad donde vivía una virgen piadosa, muy preocupada por su salvación. Esta se alegró cuando supo de la llegada del barco, porque deseaba comprar una pequeña esclava. Pensaba: "La educaré como conviene, de tal forma que ignore absolutamente la malicia de este mundo". Hizo venir al patrón del barco que tenía justamente dos niñas como ella quería. Enseguida pagó el precio y con alegría se llevó una de las pequeñas a su casa. Apenas se había alejado la piadosa mujer, una miserable comediente salió al encuentro del patrón y viendo a la otra niña que lo acompa-

3. *Apoteg.* ISAAC de Tebas, PG 65, 240CD.

ñaba quiso comprarla. Se entendieron por el precio, pagó y se fue, llevándose consigo a la niña.

¡Vean, hermanos, el misterio de Dios, vean sus juicios! ¿Quién podrá explicarlo? La piadosa virgen que tomó esa pequeña la crió en el temor de Dios, la formó en las buenas obras, le enseñó todo sobre la vida monástica, en una palabra, le hizo conocer el buen aroma de los santos mandamientos de Dios.

La comediante, por el contrario, tomó a la desdichada para hacer de ella un instrumento del diablo. ¿Qué otra cosa podría enseñarle, esa arpía, más que la perdición de su alma? ¿Qué podríamos decir nosotros de este horroroso reparto? Las dos eran pequeñas, las dos fueron llevadas para ser vendidas sin saber adónde iban. Y he aquí que una de ellas se encontró en las manos de Dios y la otra en las del diablo. ¿Podríamos decir que Dios pedirá a esta lo mismo que a aquella? ¿Cómo podría hacerlo? Y si las dos cayeran en la fornicación o en otro pecado, aunque la falta fuera idéntica, ¿podríamos decir que las dos recibirán el mismo juicio? ¿Cómo admitirlo? Una de ellas ha sido instruida sobre el juicio y el Reino de Dios y ha puesto en práctica día y noche las palabras divinas, mientras que la otra desdichada no ha visto ni oído nada bueno sino al contrario, todas las ignominias del diablo. ¿Será posible que ambas sean juzgadas con el mismo rigor?

74. En consecuencia el hombre no puede conocer nada de los juicios de Dios. Sólo Dios puede comprender todo y juzgar los asuntos de cada uno según su ciencia única.

En realidad ocurre que un hermano hace en la simplicidad de su corazón un acto que complace a Dios más que toda tu vida, y tú, ¿te eriges en juez suyo y dañás así tu alma? Si él llegara a caer, ¿cómo podrías saber cuántos combates ha librado y cuántas veces ha derramado su sangre antes de cometer el mal? Quizá su falta cuente ante Dios como una obra de justicia, porque Dios ve su pena y el tormento que ha soportado anteriormente; siente piedad de él y lo perdona. Dios tiene piedad de él y de ti, ¿tú lo condenas para tu perdición! Y ¿cómo podrías conocer todas las lágrimas que ha derramado sobre su falta en presencia de Dios? Tú has visto el pecado, pero no conoces el arrepentimiento.

A veces no solamente juzgamos sino que además despreciamos. En efecto, como ya lo he dicho, una cosa es juzgar y otra despreciar. Hay desprecio cuando no contentos con juzgar al prójimo, lo exe-

cramos, le tenemos horror como a algo abominable, lo que es peor y mucho más funesto.

75. Aquellos que quieren ser salvados no se ocupan de los defectos del prójimo, sino siempre de sus propias faltas, y así progresan. Tal era aquel monje que viendo pecar a su hermano decía gimiendo: "¡Desdichado de mí! ¡Hoy él, y mañana seguramente seré yo!"⁴ ¡Vean qué prudencia! ¡Qué presencia de espíritu! ¿Cómo ha encontrado la forma de no juzgar a su hermano? Al decir: "¡Seguramente seré yo mañana!", se inspiró en el temor y la inquietud por el pecado que esperaba cometer y así evitó juzgar al prójimo. Pero no contento con esto se ha humillado por debajo de su hermano agregando: "El ha hecho penitencia por su falta, pero yo no la hago, ni llegaré a hacerla, seguramente no, porque no tengo voluntad para hacer penitencia".

Vean, hermanos, la luz de esta alma divina. No sólo ha podido abstenerse de juzgar al prójimo sino que se tiene por inferior a él. Y nosotros, miserables como somos, juzgamos a diestra y siniestra, sentimos aversión y desprecio cada vez que oímos o sospechamos cualquier cosa.

Lo peor es que, no contentos por el daño que nos hemos hecho a nosotros mismos, nos apresuramos a decir al primer hermano que encontramos: "Ha pasado esto y esto otro", y le hacemos mal también a él, echando el pecado en su corazón. No tememos a aquel que dijo: *¡Ay de aquel que haga tomar a su prójimo una bebida impura!* (Ha 2, 15). Pero hacemos el trabajo del demonio y no nos preocupamos. Porque ¿qué puede hacer un demonio sino perturbar y dañar? Es así como colaboramos entonces con los demonios no sólo para nuestra perdición sino también para la del prójimo. Aquel que daña a un alma trabaja con los demonios y los ayuda, así como aquel que practica el bien trabaja con los ángeles santos.

76. ¿De dónde proviene esta desdicha sino de nuestra falta de caridad? Si tuviéramos caridad acompañada de compasión y pena, no prestaríamos atención a los defectos del prójimo según la palabra: *La caridad cubre una multitud de defectos* (1Pe 4, 8) y *La caridad no se detiene ante el mal, disculpa todo, etc.* (1Co 13, 5-6).

4. *Apoteg.* NAU 327.

Luego, si tuviéramos caridad, ella misma cubriría cualquier falta y seríamos como los santos cuando ven los defectos de los hombres. Los santos ¿acaso son ciegos por no ver los pecados? ¿Quién detesta más el pecado que los santos? Sin embargo no odian al pecador, no lo juzgan, no le rehúyen. Por el contrario, lo compadecen, lo exhortan, lo consuelan, lo cuidan como a un miembro enfermo: hacen todo para salvarlo. Vean a los pescadores: con su anzuelo echado al mar, han atrapado un gran pez y sienten que se agita y se debate, pero no lo sacan enseguida con gran esfuerzo, porque la línea se rompería y todo estaría perdido, sino que diestramente le aflojan el hilo y lo dejan ir por donde quiere. Cuando perciben que está agotado y que su afán mengua, comienzan a tirar poco a poco de la línea. De la misma manera los santos por la paciencia y la caridad atraen al hermano en lugar de rechazarlo lejos de sí con repugnancia. Cuando una madre tiene un hijo deforme no lo abandona horrorizada; sino que se afana en adornarlo y hacer todo lo posible para que sea agradable.

Es así como los santos protegen siempre al pecador, lo preparan, y lo toman a su cargo para corregirlo en el momento oportuno, para impedirle dañar a otro y también para que ellos mismos progresen más en la caridad de Cristo.

¿Qué hizo san Ammonas cuando los hermanos alterados fueron a decirle: "Ven a ver, abba, hay una mujer en la celda de tal hermano"?⁵ ¿Qué misericordia, qué caridad testimonió esa santa alma! Sabiendo que el hermano había escondido a la mujer bajo el tonel, se sentó arriba y ordenó a los otros buscar en toda la celda. Como no la encontrarán les dijo: "¡Dios los perdone!". Y haciéndoles sentir vergüenza, les ayudó a no creer más, con facilidad, en el mal del prójimo. En cuanto al culpable lo curó no solamente protegiéndolo ante Dios, sino corrigiéndolo cuando encontró el momento favorable. Porque luego de haber despedido a todo el mundo, lo tomó de la mano y le dijo: "Preocúpate de ti mismo, hermano". Enseguida el hermano fue penetrado de dolor y compunción y obraron en su alma la bondad y la compasión del anciano.

77. Adquiramos nosotros también la caridad. Adquiramos la misericordia respecto del prójimo para evitar la terrible maledicencia, el juzgar y el despreciar. Ayudémonos los unos a los otros como a nuestros propios miembros. Si alguien tiene una herida en la mano, en el

5. *Apotege*. AMMONAS 10, PG 65, 121.

pie o en otra parte, ¿siente acaso asco de sí mismo? ¿Se corta el miembro enfermo aunque se esté pudriendo? Más bien ¿no lo lavará, limpiará, le pondrá emplastos y vendajes, lo untará con óleo santo, rogará y hará rogar a los santos por él, como dice Abba Zósimo?⁶. En resumen no abandona su miembro, no le asquea su fetidez, hace todo por curarlo. Así debemos compadecernos unos de otros, ayudarnos mutuamente, o valiéndonos de otros más capaces, hacer todo con el pensamiento y con las obras para socorrernos a nosotros mismos y los unos a los otros. Porque *somos miembros los unos de los otros*, dice el Apóstol (Rm 12, 5). Luego, si formamos un solo cuerpo y si *somos cada uno por nuestra parte miembros los unos de los otros* (Rm 12, 5), *cuando un miembro sufre todos los miembros sufren con él* (1Co 12, 26). A su entender, ¿qué son los monasterios? ¿No son como un solo cuerpo con sus miembros? Los que gobiernan son la cabeza, los que cuidan y corrigen son los ojos, los que sirven por la palabra son la boca, las orejas son los que obedecen, las manos los que trabajan, los pies los que hacen los encargos y aseguran los servicios. ¿Eres la cabeza? Gobierna. ¿Eres los ojos? Sé atento y observa. ¿Eres la boca? Habla para provecho. ¿Eres la oreja? Obedece; ¿la mano? Trabaja; ¿el pie? Cumple tu servicio. Que cada uno, como pueda, trabaje por el cuerpo. Sean siempre solícitos en ayudarse los unos a los otros, ya sea instruyendo y sembrando la Palabra de Dios en el corazón de su hermano, ya sea consolándolo en el momento de prueba o prestándole asistencia y ayudándolo en su trabajo. En una palabra, cuide cada uno, como pueda, según ya les he dicho, de que permanezcan unidos los unos a los otros. Ya que cuanto más unido se está al prójimo, más unido se está a Dios.

78. Para que comprendan el sentido de esta palabra voy a darles una imagen sacada de los Padres: Supongan un círculo trazado sobre la tierra, es decir una circunferencia hecha con un compás y un centro. Se llama precisamente centro al centro del círculo. Presten atención a lo que les digo. Imaginen que ese círculo es el mundo, el centro; Dios, y sus radios, las diferentes maneras o formas de vivir los hombres. Cuando los santos deseosos de acercarse a Dios caminan hacia el centro del círculo, a medida que penetran en su interior se van acercando uno al otro al mismo tiempo que a Dios. Cuanto más se aproximan a Dios, más se aproximan los unos a los otros; y cuanto más se aproximan los

6. ZOSIMO, PG 78, 1693A.

unos a los otros, más se aproximan a Dios. Y comprenderán que lo mismo sucede en sentido inverso, cuando dando la espalda a Dios nos retiramos hacia lo exterior, es evidente entonces que cuanto más nos alejamos de Dios, más nos alejamos los unos de los otros y cuanto más nos alejamos los unos de los otros más nos alejamos también de Dios.

Tal es la naturaleza de la caridad. Cuando estamos en el exterior y no amamos a Dios, en la misma medida estamos alejados con respecto al prójimo. Pero si amamos a Dios, cuanto más nos aproximemos a Dios por la caridad tanto más estaremos unidos en caridad al prójimo, y cuanto estemos unidos al prójimo tanto lo estaremos a Dios.

¡Que Dios nos haga dignos de comprender aquello que nos es provechoso y realizarlo! Porque cuanto más nos preocupemos por cumplir diligentemente lo que entendemos, más nos dará Dios su luz y nos enseñará su voluntad.

VIII CONFERENCIA: DEL RENCOR

89. Evagrio ha dicho: "Encolerizarse y entristecer a otro debe ser algo extraño al monje"¹; y también: "Aquel que ha dominado su cólera ha triunfado sobre el demonio. Por el contrario, aquel que se someta al imperio de esta pasión, será totalmente ajeno a la vida monástica, etc."². ¿Qué decir de nosotros, que aparte de la irritación y la cólera llegamos hasta el rencor? ¿Qué hacer sino deplorar este estado tan vergonzoso e indigno del hombre? Permanezcamos alerta, hermanos, ayudémonos a nosotros mismos para que, con Dios, podamos preservarnos de la amargura de esta funesta pasión.

Tal vez alguno de nosotros se disculpe con su hermano por la perturbación causada o la herida infligida, pero aun después de la disculpa persiste en su enojo y conserva malos pensamientos con respecto a ese hermano. No debe restarle importancia a esos pensamientos, sino que debe eliminarlos rápidamente. Ya que se trata del recuerdo de las injurias, y para evitar su peligro se deberá, como ya he dicho, vigilar estrechamente, siendo necesarios la disculpa y la lucha. Porque pi-

1. *Apoteq. de MACARIO* citado por ZOSIMO, PABLO EVERGETINOS II, 35, p. 112.
2. EVAGRIO. *De Malignis cogitationibus* xiv, PG 79, 1216BC.

diendo simplemente disculpas por cumplir con el precepto, se ha curado la cólera momentánea, pero no se ha luchado contra el recuerdo de la injuria; todavía se guarda rencor contra el hermano. Pues una cosa es el recuerdo de la injuria, otra la cólera, otra la irritación y otra la perturbación.

90. Les daré un ejemplo, hermanos, que les ayudará a comprender: el que enciende un fuego tiene al comienzo sólo un pequeño carbón. Este representaría la palabra del hermano que nos ofende. Fíjense, hermanos, no es más que un pequeño carbón, porque ¿qué es una simple palabra de nuestro hermano? Si puedes soportarla, apagas el carbón. Si por el contrario comienzas a pensar: “¿Por qué me habrá dicho eso? ¡Tengo que contestarle algo! o, ¡no me habría hablado de esa manera de no ser para ofenderme! ¡Pues que sepa que yo también puedo hacerle daño!” Como el que enciende un fuego, ustedes echan leña o cualquier cosa y hacen una fogata, se perturban. Esa perturbación no es sino un movimiento y flujo de pensamientos que excitan y exasperan el corazón. Y esa excitación, que también se llama ira, es la que incita a vengarse del que lo ofendió. Según el dicho de abba Marcos: “La malicia que se introduce en los pensamientos excita el corazón; pero disipada por la oración y la esperanza, ayuda a quebrantarlo”³.

Yo les digo que, soportando la palabra molesta de otro hermano, pueden apagar el pequeño carbón antes de que aparezca la perturbación. Pero incluso ese ánimo perturbado puede calmarse fácilmente, en cuanto nace, con el silencio, la oración, con sólo una satisfacción que provenga del corazón. Si por el contrario se continúa atizando el fuego, es decir, exaltando y excitando el corazón, pensando: “¿Por qué me habrá dicho eso? ¡Yo también puedo decirle algo!” el fluir y entrechocar de pensamientos, avivando y caldeando el corazón, producirá la llama de la exasperación. Esta, según san Basilio, no es otra cosa que la ebullición de la sangre en torno al corazón⁴. Es la irritación, llamada también encono.

Si ustedes quieren, todavía la pueden apagar antes de que se transforme en cólera. Pero, hermanos, si continúan perturbándose y perturbando al otro, estarán haciendo lo que aquel que arroja trozos de leña al fogón para avivar el fuego: la leña se transformará en brasas y esto es la cólera.

3. MARCOS EL ERMITAÑO, *De lege spirít.* 14, PG 65, 908A.

4. SAN BASILIO, *In Isaiam*, PG 30, 424 A.

91. Es lo mismo que decía abba Zósimo cuando le pidieron que explicara la sentencia: "Donde no hay irritación no hay combate"⁵. En efecto, si cuando comienza la perturbación, al aparecer el humo y las chispas, tomamos la delantera acusándonos a nosotros mismos y ofreciendo alguna satisfacción antes de que brote la llama de la irritación, permaneceremos en paz. Pero, si ya provocada la irritación, no nos calmamos y persistimos en la perturbación y en la excitación, nos asemejaremos a aquél que echa madera al fuego y aviva sus llamas, hasta conseguir unas buenas brasas. Y de la misma manera que las brasas transformadas en carbones y puestas al rescoldo pueden durar años sin inutilizarse, aunque se les vuelque agua encima, así la cólera prolongada se transforma en rencor y ya no es posible librarse de él si no es vertiendo sangre.

Les he mostrado, hermanos, la diferencia de esos cuatro estados. Compréndanlo bien. Ahora saben lo que es la perturbación inicial, lo que es la exasperación, lo que es la cólera y lo que es el rencor.

Fíjense, hermanos, cómo por una sola palabra se llega a semejante mal. Si desde el comienzo nos hubiéramos echado la culpa a nosotros mismos, hubiéramos soportado pacientemente la palabra del hermano, no buscando venganza ni respondiendo dos o cinco palabras por una sola devolviendo así mal por mal; habríamos podido escapar de todos esos males.

Por eso, hermanos, no cesaré de repetirles: arranquen sus pasiones cuando son incipientes, antes de que se fortifiquen y los hagan sufrir. Porque una cosa es arrancar una planta tierna y otra sacar de raíz un árbol grande.

92. Nada me llama tanto la atención como la ignorancia que tenemos de lo que cantamos. Cada día en la salmodia nos cargamos de maldiciones sin percibirlo. ¿No debemos conocer acaso aquello que salmodiamos? Así, todos los días decimos: *Si he hecho mal a los que me lo hicieron, que caiga muerto ante mis enemigos (Sal 7, 5)*. ¿Qué significa: *que yo caiga*? Mientras estamos de pie tenemos fuerza para oponernos a nuestros enemigos: damos golpes y los recibimos, nos lanzamos sobre el otro y se lanzan sobre nosotros, pero siempre estamos de pie. En cambio, si caemos, ¿cómo podremos, estando en tierra, luchar todavía contra el adversario? Pero nosotros estamos pidiendo no sólo caer ante nuestros enemigos, sino caer muertos. Y

5. PABLO EVERGETINOS, loc. cit. p. 112.

¿qué es caer muertos ante el enemigo? Ya hemos dicho que *caer* es no tener más fuerza para resistir y estar tendido por tierra. *Caer muerto* es no tener el más mínimo poder de levantarse. Porque el que se levanta puede reponerse y volver al combate.

Decimos también: *Que el enemigo persiga y atrape mi alma* (Sal 7, 6); no sólo que la persiga, sino también que la atrape, es decir, que caigamos en sus manos, que le estemos sometidos en todo y que nos derribe cuando quiera, si es que devolvemos el mal a quien nos lo ha hecho.

Sin detenernos en esto, agregamos a continuación: *Que pisotee por tierra nuestra vida* (Sal 7, 6). ¿Qué significa *nuestra vida*? Son nuestras virtudes, y al pedir que sea echada por tierra y pisoteada, estamos pidiendo hacernos totalmente terrenos y tener nuestra mente fija en la tierra.

Y reduzca mi gloria a basura (Sal 7, 6). ¿Qué es nuestra gloria sino el conocimiento que nace en el alma por la observancia de los santos mandamientos? Nosotros estamos pidiendo entonces que *de nuestra gloria*, el enemigo haga *nuestra vergüenza*, como dice el Apóstol (Flp 3, 19), que la reduzca a basura, que convierta en terrenas nuestra vida y nuestra gloria, de tal manera que no pensemos más según Dios, sino según el cuerpo y la carne, como aquellos de quienes dice Dios: *Mi espíritu no permanecerá en esos hombres, porque son carne* (Gn 6,3).

Así son todas las maldiciones que nos echamos encima al salmodiar, si es que devolvemos mal por mal. Y ¿qué mal no devolvemos? Pero eso nos importa poco, no nos preocupa.

93. Podemos devolver mal por mal no sólo con actos, sino también con una palabra o una actitud. A nosotros nos parece que no devolvemos el mal con un acto si lo hacemos con una palabra o una actitud. Sin embargo, con una sola actitud, un gesto o una mirada, podemos perturbar a nuestro hermano. Porque podemos muy bien lastimarlo con un gesto o una mirada y eso es también devolver mal por mal. Alguno de nosotros cuida de no devolver el mal por medio de un acto, o una palabra, de actitudes o gestos, pero en su corazón guarda tristeza con respecto a su hermano y siente enojo contra él.

Fíjense, hermanos, en la diversidad de tales estados. Alguno no siente tristeza con respecto a su hermano pero si llega a enterarse de que alguien le ha hecho daño, ha murmurado contra él o lo ha inju-

riado, se regocija al saberlo, y de esta manera él también devuelve mal por mal en su corazón. Otro quizá no guarda enemistad ni se regocija al oír injuriar a aquel que le ha hecho daño e incluso puede hasta afligirse si sabe que está apenado, pero no le agrada ver a ese hermano contento, y se entristece al verlo honrado y en paz. Esta es otra forma de rencor, aunque más sutil.

Debemos alegrarnos del bien del hermano y debemos hacer todo lo posible por servirlo, honrarlo y contentarlo en toda circunstancia.

94. Decíamos al comienzo de este encuentro que un hermano puede guardar tristeza hacia otro, incluso después de haber dado una satisfacción, y decíamos que si por la satisfacción había curado la cólera, todavía no había combatido el rencor.

Fíjense en este otro hermano que, al recibir una ofensa de otro, hace la paz con él, le da satisfacción, tiene palabras de reconciliación y no guarda en su corazón ningún resentimiento contra el autor de la ofensa. Pero si ese hermano vuelve a decirle cualquier cosa desagradable, trae nuevamente a la memoria lo pasado, y se perturba por lo anterior y lo reciente a la vez.

Se asemeja así a un hermano que tiene una herida y se pone un vendaje; gracias al vendaje la herida se cura y cicatriza, pero alrededor suyo queda muy sensible: se lastima más fácilmente que el resto del cuerpo, y si recibe una pedrada comienza enseguida a sangrar. Tal es el estado del hermano del que hablamos: tenía una herida y le puso un vendaje, la satisfacción. Como aquel del que hablamos en primer lugar, ha curado la herida, es decir la cólera. Incluso ha comenzado a preocuparse del rencor, cuidándose de no guardar en su corazón ningún resentimiento, lo que es la cicatrización de la llaga. Pero todavía no ha borrado completamente sus rastros; todavía guarda algo de rencor, es decir, la cicatriz, por la cual la herida se vuelve a abrir rápidamente al menor golpe. Debe esforzarse entonces por hacer desaparecer incluso esa cicatriz de tal manera que vuelva el vello, que no quede ninguna deformidad y que nadie pueda darse cuenta de que allí hubo una herida.

¿Cómo lograr esto? Orando de todo corazón por aquel que le ha hecho mal, diciendo: "¡Oh Dios, auxílianos a mi hermano y a mí por sus oraciones!". De este modo, por un lado reza por su hermano, lo cual es un testimonio de compasión y caridad, y por el otro, se humilla pidiendo su seguridad por las oraciones de ese hermano. De esta

manera, allí donde se encuentran la compasión, la caridad y la humildad, ¿cómo puede triunfar la cólera, el rencor o cualquier otra pasión? Es lo que decía abba Zósimo: "Aunque el diablo y todos los demonios pongan en acción todas sus maquinaciones perversas, todos sus artificios resultan inútiles y son aniquilados por la humildad del mandamiento de Cristo"⁶. Y otro Anciano: "Aquel que reza por sus enemigos, nunca conocerá el rencor"⁷.

95. Pongan pues en práctica, hermanos, y comprendan bien las enseñanzas que reciben, porque si no las ponen en práctica, las palabras solas no podrán hacer que las comprendan. ¿Cuál es el hombre que queriendo aprender un arte, sólo se contenta con que le hablen? Más bien comenzará primero por hacer, deshacer, rehacer, demoler y así por un trabajo perseverante, aprenderá poco a poco su arte con la ayuda de Dios que ve su buena voluntad y sus esfuerzos.

¡Pero nosotros queremos adquirir el arte de las artes por las palabras, sin ponerlas en acción! ¿Cómo puede ser posible? Vigilémos a nosotros mismos, hermanos, y trabajemos con celo mientras podamos. ¡Que Dios nos haga recordar y guardar las palabras oídas, a fin de que en el día del juicio no sean ellas motivo de nuestra condenación!

IX CONFERENCIA: SOBRE LA MENTIRA

96. Hermanos, deseo recordarles algunas pequeñas cosas respecto a la mentira. Se debe a que no los veo para nada ocupados en cuidar su lengua, y eso nos lleva fácilmente a numerosas faltas. Comprendan, hermanos, que en todo se contraen hábitos, sea para bien o para mal, y no dejaré de repetirlo. Hace falta mucha vigilancia para no dejarse sorprender por la mentira. Pues ningún mentiroso está unido a Dios; la mentira es extraña a Dios. Está escrito en efecto: *la mentira viene*

6. Cf. PG 78, 1688A. A falta del texto exacto, se puede encontrar la misma idea en SEUDO - NILO (EVAGRIO), PG 79, 1128C y PL 73, 957A. Para comprender las últimas palabras de la cita, deben relacionarse con un apotegma del cual las toma Zósimo. Es el final de DANIEL 3 (PG 65, 156A). Se trata de un moñje que al ser abofeteado por un poseso, le presenta la otra mejilla "según el precepto del Señor" (Mt 5, 39). El demonio huyó gritando: "El mandamiento de Jesús me expulsa". Al enterarse de lo sucedido los Ancianos glorificaron a Dios diciendo: "Es cosa normal que el orgullo del diablo sea derribado por la humildad del mandamiento de Cristo".

7. EVAGRIO, *Sent. a los monjes* 14, PG 40, 1277D.

del maligno, ... y él es mentiroso y padre de la mentira (Jn 8, 44). Así, el diablo es llamado padre de la mentira. Al contrario, Dios es la Verdad ya que él mismo dijo: *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida (Jn 14, 6).* Fíjense de quién se separan y a quién se unen por la mentira: al Maligno. Por lo tanto si queremos realmente ser salvados, debemos amar la verdad con todas nuestras fuerzas y con todo nuestro ardor, cuidándonos de toda mentira, para no ser separados de la verdad y de la vida.

97. Hay tres formas diferentes de mentir: con el pensamiento, con la palabra o con la vida misma. Miente con el pensamiento aquel que acepta las sospechas. Si ve a alguien hablando con su hermano, piensa: "Es de mí de quien hablan". Si dejan de hablar sigue sospechando que es a causa de él. Si alguien dice una palabra supone que es para hacerle daño. En fin, con cualquier motivo sospecha de su prójimo y se dice: "Por mí ha hecho eso, por mí ha dicho aquello; por tal razón ha hecho eso otro". Así es el que miente con el pensamiento: no se basa en la verdad, sino en conjeturas. De allí las curiosidades indiscretas, las murmuraciones, el hábito de estar a la escucha, de discutir, de juzgar.

Puede suceder que alguien tenga una sospecha y que esté en la verdad: de ahí en más, alegando la intención de enmendarse, no cesa de averiguar alrededor de él diciendo: "Cuando se habla mal de mí, me doy cuenta de la falta que se me reprocha y me corrijo". Pero el origen de esa conducta es el Maligno, porque ha comenzado por la mentira: en la ignorancia conjeturó lo que no sabía. Y entonces, ¿cómo un mal árbol puede dar buenos frutos? Si quiere verdaderamente corregirse, que no se turbe cuando un hermano le dice: "No hagas aquello, o: ¿Por qué has hecho eso?". Que pida disculpas y le agradezca. Entonces se corregirá. Y si Dios ve que esa es su voluntad, nunca lo dejará equivocar, sino que le enviará a aquel que deba corregirlo. En cuanto a decir: "Me fío de m's sospechas para corregirme", y ponerse a investigar y a escuchar por todas partes, es una falsa justificación, inspirada por el diablo, que busca engañarnos.

98. Cuando estaba en el monasterio (del abad Séridos), tenía la tentación de juzgar el estado de cada uno según su actitud exterior: Pero me sucedió lo siguiente: Una vez pasó delante de mí una mujer llevando una vasija de agua; no se cómo me dejé sorprender y la miré a los ojos. Enseguida me vino a la cabeza la idea de que era una mujer

de mala vida. Ese pensamiento me turbó mucho y me abrí al anciano abba Juan: "Señor, le dije, si a pesar mío, al ver los modales de alguien, deduzco su estado ¿qué debo hacer?". "¿Y qué!" respondió el Anciano, "¿no puede suceder que alguien tenga un defecto natural y luche por corregirse? No es posible, por lo tanto, conocer su estado por ese defecto. Por eso nunca te fíes de tus sospechas, porque una regla torcida tuerce incluso lo que es derecho. Las sospechas son engañosas y dañinas". Desde entonces si mi pensamiento me decía del sol: es el sol; y de las tinieblas: son tinieblas, ya no me fiaba más. No hay nada tan grave como las sospechas. Son tan perjudiciales que a la larga nos llegan a persuadir y a hacernos creer como evidentes cosas que ni existen ni existieron nunca.

99. Respecto a esto les voy a referir un hecho asombroso del que fui testigo cuando estaba en el monasterio. Teníamos un hermano que era fácil presa de ese vicio. Confiaba tanto en sus sospechas que tenía siempre la convicción de que las cosas eran como su espíritu las imaginaba, no admitiendo que fuesen de otra manera. Al crecer el mal con el tiempo, los demonios lograron perderlo por completo. Un día en que había entrado en el jardín para observar lo que sucedía (no dejaba de espiar y estar a la escucha), creyó ver que un hermano robaba higos y los comía. Era un viernes, poco antes de la hora segunda. Persuadido de que realmente había visto tal cosa, se escondió, por así decir, y salió sin decir nada. Pero después a la hora de la oración, se dedicó a espiar al hermano que había robado y comido los higos, para ver qué haría en el momento de la comunión. Al verlo lavarse las manos para comulgar, corrió a decir al abad: "Fíjese en ese hermano, va a recibir la santa comunión con los hermanos. Impídselo, porque lo he visto esta mañana robando higos en el jardín y comiéndolos". El hermano se acercaba a la santa eucaristía con mucha compunción porque era uno de los más fervorosos. El abad lo vio y lo llamó antes de que llegase al padre que daba la comunión. Lo llamó aparte y le preguntó: "Dime, hermano, ¿qué has hecho hoy?" "¿Dónde, señor?" respondió el hermano asombrado. "En el jardín, adonde fuiste esta mañana", prosiguió el abad. "¿Qué hacías allí?" Estupefacto el hermano respondió: "Señor, hoy no he ido al jardín, no estuve en el monasterio esta mañana. Llegué ahora. Enseguida de la vigilia nocturna el ecónomo me envió a tal lugar con un encargo". Se trataba de un viaje de varias millas y había vuelto sólo a la hora de la oración. El abad llamó al ecónomo y le preguntó: "¿Adonde en-

viaste a este hermano?". El ecónomo le respondió lo mismo que el hermano, que lo había enviado a tal pueblo. Después pidió disculpas diciendo: "Perdóname, Padre, tú descansabas después de la vigilia y por eso no lo mandé a pedirte permiso". Totalmente convencido, el abad los envió a comulgar con su bendición. Después llamó al que había tenido la sospecha, lo amonestó y le prohibió la santa comunión. Además, después de la oración, llamó a todos los hermanos, les contó apenado lo que había sucedido, y delante de todos castigó al hermano culpable, con un triple objetivo: confundir al diablo y desenmascararlo como sembrador de sospechas, conseguir para el hermano el perdón de su falta por medio de la humillación y el auxilio de Dios en el futuro, y finalmente hacer que los otros hermanos fueran más atentos y no se dejaran llevar por las sospechas. En el largo discurso que nos dirigió sobre el tema a nosotros y al hermano, dijo que no había cosa más dañina que la sospecha y nos dio como prueba lo que acababa de suceder.

100. De muchas maneras los Padres han expresado cosas semejantes poniéndonos en guardia contra el mal de la sospecha. Esforcémonos entonces, hermanos, con todas nuestras fuerzas en no fiarnos nunca de nuestras sospechas. No hay nada que aleje tanto al hombre de la preocupación por sus propios pecados, haciendo que se ocupe constantemente de aquello que no le incumbe. De eso no resulta nada bueno, sino mil perturbaciones, mil sufrimientos, y no se tiene la oportunidad de adquirir el temor de Dios. Por eso en cuanto nuestra maldad siembra en nosotros la sospecha, transformémosla de inmediato, en buenos pensamientos, y no nos podrá hacer daño. La sospecha está llena de malicia y no deja el alma en paz. Y esto es mentir con el pensamiento.

101. El mentiroso de palabra es por ejemplo aquel que tarda en levantarse para vigilia y que en lugar de decir: "Perdóname, fui perezoso para levantarme", dice: "Tenía fiebre y mareos, no podía ponerme en pie, no tenía fuerzas". Pronuncia diez palabras falsas en lugar de pedir perdón y humillarse. Si alguien le ha reprochado, se preocupa en disfrazar sus palabras arreglándolas para no ser acusado. Si tiene algún entredicho con otro hermano no cesa de justificarse diciendo: "Fuiste tú el que lo dijo, tú el que lo hizo"; o "no fui yo el que lo dijo, fue tal otro el que habló; fue tal cosa o fue tal otra", solamente para evitar la humillación. Finalmente si desea algo, no se atreve a decir:

“quiero eso”, sino que usará mil vueltas: “sufro tal cosa y tengo necesidad de aquello”, o: “me lo han prescrito”, y mentirá hasta que haya satisfecho su deseo.

Todo pecado tiene su origen en el amor al placer, en el amor al dinero o en la vanagloria. La mentira proviene igualmente de esas tres pasiones. Mentimos para no ser descubiertos y humillados, o para satisfacer un deseo o para obtener una ganancia. El mentiroso no cesa de revolver en su imaginación todos los subterfugios posibles para alcanzar su objetivo. Pero jamás se le cree: aunque diga algo verdadero, nadie le tiene confianza y su veracidad resulta dudosa.

102. Sin embargo puede sobrevenir alguna necesidad en la cual si no disimulamos en parte, puede ocurrir un mal mayor. En ese caso si nos vemos sorprendidos en tal situación, deberemos disfrazar nuestras palabras para evitar, tal como lo dije, un perjuicio, un mal o un peligro más grave. Era lo que decía abba Alonio a abba Agatón: “Dos hombres han asesinado delante tuyo, y uno de ellos se refugia en tu celda. El magistrado lo busca y te interroga: ¿Has sido testigo del asesinato? Si no usas algún artificio entregarás ese hombre a la muerte”¹. Cuando nos encontremos obligados por una tal necesidad, no debemos por ello considerar la mentira como algo sin importancia, sino que la debemos rechazar, llorarla ante Dios, considerando esto como una prueba. Pero no sucede sino raramente, una vez entre mil. Es como los antidotos o los purgantes: si se los toma continuamente son dañinos, pero utilizados cada tanto, en caso de extrema necesidad, son provechosos. Lo mismo debemos hacer en la cuestión que nos ocupa: aunque se tenga que mentir por necesidad, que sea raramente, una vez entre mil, y si nos vemos en una gran necesidad. Debemos entonces, con temor y temblor, mostrar a Dios nuestra buena voluntad junto con la necesidad en que nos encontramos, y obtendremos así su protección. De otro modo, aun incluso en esos casos, nos hará mal.

103. Ya hemos hablado del que miente con el pensamiento y con las palabras. Nos queda por decir quién es el que miente con su misma vida.

Miente con su vida el libertino que se precia de casto; el avaro que habla de limosnas y elogia la caridad; o también el orgulloso que admira la humildad. No la admira con intención de alabar la virtud;

1. *Apoteg.* ALONIO 4, PG 65, 133B.

en ese caso comenzaría por confesar humildemente su propia debilidad diciendo: "¡Qué desdicha la mía! Estoy vacío de todo bien". Después de confesar así su miseria, podría admirar y alabar la virtud. Pero tampoco es con la intención de evitar el escándalo por lo que hace el elogio de la virtud, porque si así fuera debería decir: "¡Soy un miserable, lleno de pasiones! ¿Por qué voy a escandalizar a mi prójimo? ¿Por qué voy a hacer mal al alma de otro imponiéndome así una carga más?" Entonces, aun siendo él mismo pecador, podría aproximarse al bien. Porque verse a sí mismo como un miserable es humildad, y cuidar del prójimo es compasión. Pero el mentiroso no admira la virtud con esos sentimientos. Para cubrir su propia vergüenza pone por delante el nombre de la virtud hablando de ella como si fuese virtuoso. Y muchas veces lo hace para hacer daño y engañar a alguien. Porque, en efecto, ninguna maldad, ninguna herejía, ni el mismo diablo podrá engañar si no es simulando virtud, según lo dice el Apóstol: El mismo diablo *se transforma en ángel de luz* (2 Co 11, 14). No es de admirar entonces que sus servidores se disfracen de servidores de la justicia. De esta manera, sea para evitar la humillación o por vergüenza, o con el objeto de seducir y engañar a alguien, el mentiroso habla de las virtudes, las alaba y las admira, como si él mismo las hubiese adquirido con su esfuerzo. Así es el que miente con su misma vida. No es simple, tiene doblez, es uno por dentro y otro por fuera. Toda su vida no es más que duplicidad y farsa.

Hemos hablado de la mentira, que proviene del diablo. De la verdad hemos dicho: La Verdad es Dios. Huyamos por lo tanto, hermanos, de la mentira, para escapar de las filas del Maligno esforzándonos en poseer la verdad y en estar unidos a Aquel que dijo: *Yo soy la Verdad* (Jn 14, 6). ¡Que Dios nos haga dignos de su verdad!

* * *

CUADERNOS MONASTICOS

Números disponibles para venta:
35 - 42 - 43 - 45 y siguientes